

FIESTA DE FAMILIA

(Dedicatoria de una velada literaria)

Señor Rector:

Dejad, Señor, que un oscuro colegial sea quien haya de ofreceros esta fiesta que la veneración conciera y que laudable costumbre había venido consagrando.

Pobre es la ofrenda, desvaído el ofrecimiento, pero vos lo perdonaréis en vista de que quien os festeja es aquel varón letrado y discreto, que en servicio de esta casa señorial ha consumido los años más floridos de su vida, y estos mis compañeros, que de luengos lares han venido a recoger de labios doctos sapientes enseñanzas y a beber en fuente pura virtud muy ejemplar.

Este Colegio de raigambres centenarias, que fundara un prelado dadivoso y principesco, que enaltecieron Mutis el grande y Masústegui el magnífico, ha visto renovarse en la sede rectoral de hoy los años faustos de la colonia hispana y los días gloriosos de la patria libre. En él han venido aprediendo los hijos de la República, junto con las ciencias humanas, lo que vale más que todas ellas reunidas: a tener señorío de sí mismos, «a andar sin báculo,» a decidir sin consejeros, a obedecer sin imposiciones. Aquí han nutrido su entendimiento y su corazón generaciones que supieron guardar la ley del cristiano sin olvidar la ley del caballero; aquí aprendieron nuestros padres a añadir nueva gloria a la gloria heredada o a conquistarla los que no la tuvieron al nacer; aquí se les enseñó a mantener siempre viva la fe que bebieron en las aguas bautismales y en el seno materno: la fe en Dios y la fe en la Patria.

En mi ordinareiz lugareña había soñado yo que esta fábrica sería una rumbosa mansión, mezcla de palacio castellano y de alcázar moruno, con sus puntas y ribetes de infanzona gravedad. Y al llegar aquí me encontré con un edificio a la antigua usanza española, limpio y pulcro como vieja onza de oro, bajo la dirección de un fervoroso seguidor de la antigua filosofía, que hablaba de Dios, de la verdad, de la belleza, del amor, de las más altas y serias cosas, todo esto en un ambiente de austeridad, en medio de una vida fácil, armoniosa y humilde. Y al ver, como he visto yo, tantos ejemplos de virtud y de eficiencia, al hallarme en esta vendimia del corazón y de la mente, mi pobre espíritu vacila y se pregunta: ¿por qué todos los hombres no son buenos como tierra labrantía? ¿Por qué ellos no nutren su alma con esa savia vivificante y saludable que se llama la sinceridad? Por qué hay gentes que encuentran malicia hasta en el vuelo de las aves? Si el bien es apetecible por ser bien y la belleza por ser tal, ¿por qué los que hallan uno y otra en esta peregrinación terrena, niegan aún que la vida vale la pena de ser vivida?

Señor: a este Colegio llegué; en él se me recibió con gentileza de amigo; en él viví al calor de la hermandad; de él me voy con el fervor del prosélito. Al encontrarme en esta mansión, acaso por la vez postrera, no puedo menos de exclamar, parodiando a un grande ingenio:

¡Noche de remembranzas y alegrías; noche propicia a la amistad y dispuesta a la gratitud! Quiero repasar en mi memoria el recuerdo de años idos; quiero evocar a mis compañeros de otros tiempos, que desde las campiñas nortañas, hasta las regiones que baña el mar grande, conmemoran en el día del Arcángel, los días del patriota sabio y munífico que ayer como hoy

enalteciera este lugar. Ellos os consagrarán sus triunfos habidos en luchas bravas y en difíciles torneos; mis compañeros actuales y yo, sólo podemos ofreceros nuestras dichas y nuestras melancolías de colegiales que saben honrar a Dios, amar a la Patria y venerar a su maestro.

MANUEL SERRANO BLANCO

23 de octubre de 1920.

EL MAESTRO Y LOS DISCIPULOS

Señor Rector:

Esta reunión, discreta y sencilla, pero en su sencillez hermosa, os será agradable sin duda en alto grado, como toda ofrenda espontánea de cariño a quien la sabe comprender y valorar. No es una manifestación del corazón en cuanto arcano inescrutable y ciego, que anotó el poeta, ni hija de sus misterios, o acaso signo de sus aspectos insondables, sino dulce sonreír de almas, complacencia por ofrecer al maestro un acopio candoroso de felicitaciones. Cuando al calor y en el regazo mismo de los seres queridos nos agrupamos en familia para celebrar los fastos del hogar, todo anhelo es un voto ferviente de ventura, y entonces, al olvidar los sufrimientos cotidianos, hallamos un oasis, a modo de paréntesis, para el ingrato vivir. Aquí tampoco encontráis nada extraño a la confianza.

En días como éste, bien quisiéramos que los mismos motivos de felicitación no lo fueran de tristeza; un año que pasa es otro menos de vida; y si para lo por venir deseamos el árido camino exento de tropiezos, cómo olvidar el pasado, en que aún perduran quizá los rudos zarpazos del dolor?